

DECENIO PARA EL DESARROLLO DE LA CULTURA

La idea de proclamar un Decenio Mundial para el Desarrollo Cultural es el fruto de un largo proceso de reflexión y de aprovechamiento común de experiencias e investigaciones al que se asoció el conjunto de la comunidad internacional, cuya contribución activa permitió elaborar el Programa de Acción del Decenio.

La magnitud y la complejidad de la acción que ha de llevarse a cabo en el marco del Decenio exigen una dedicación real y una participación activa de todas las instituciones, organizaciones o agrupaciones interesadas, así como una coordinación eficaz de sus iniciativas.

El éxito de la amplia movilización que exige este proyecto mundial, depende no sólo de la determinación de los Estados Miembros y de los organismos internacionales sino también de todas las organizaciones que como las instituciones de educación superior están llamadas a cumplir un papel de fundamental importancia en la orientación intelectual y cultural de los pueblos.

De lo que se trata, pues, es de que las instituciones de educación superior se sumen a esta acción del Decenio para el Desarrollo de la Cultura. Que asuman el liderazgo en la tarea de desarrollar esfuerzos para restituir a los valores culturales y humanos, su lugar central en el desarrollo económico y tecnológico, a partir de lo cual se proporcionarían respuestas apropiadas a las preguntas que se plantean todas las sociedades en la proximidad del año 2000.

A continuación se presentan las orientaciones para la acción que han sido definidas dentro del marco del Decenio para el Desarrollo de la Cultura.

Decenio para el Desarrollo de la Cultura

Orientaciones para la Acción dentro del Marco del Decenio para el Desarrollo de la Cultura.

Para remediar las carencias, o aun los fallos, de una determinada concepción restrictiva del desarrollo económico, la comunidad internacional propone en la actualidad un nuevo contrato moral y social. El hombre ya no es considerado como el agente de un "progreso" sin cualidades, sino que debe aprehenderse en su integridad dentro de la sociedad en la que es simultáneamente el actor y a la que da razón de ser.

Para que este ideal se traduzca en hechos, para que estos objetivos puedan alcanzarse, la Unesco organizó, por invitación formulada en la 23ª reunión de la Conferencia General, una serie de consultas con los Estados Miembros, los organismos del sistema de las Naciones Unidas y las organizaciones internacionales gubernamentales y no gubernamentales.

El fruto de estas consultas fue un Programa de Acción del Decenio, que es ante todo un plan general voluntariamente abierto, destinado a estimular la imaginación y a proponer ciertos "ejes generadores" de una nueva clase de acción. En este Programa de Acción también se proponen orientaciones cuyo objeto es inspirar actividades continuas encaminadas a producir resultados significativos a fines del decenio de 1990.

El programa se articula en torno a cuatro grandes objetivos: tomar en consideración la dimensión cultural en el desarrollo; afirmar y enriquecer las identidades culturales; ampliar la participación en la vida cultural; fomentar la cooperación cultural internacional.

A medida que transcurra el Decenio, los Estados Miembros y las organizaciones internacionales

participantes elaborarán y ejecutarán programas precisos de actividades. Es lo que hizo la Unesco, por su parte, al elaborar su Proyecto de Programa y Presupuesto para 1988-1989, con el fin de contribuir a la ejecución del Programa de Acción durante los dos primeros años del Decenio.

Sin duda, diez años no serán suficientes para realizar plenamente esos objetivos. Pero es esencial comenzar, dar el impulso inicial, y para ello es fundamental organizar cuanto antes actividades relacionadas con el Decenio. En efecto, la magnitud del proyecto general supone evidentemente que, frente a la dimensión planetaria de los desafíos planteados a la humanidad, la respuesta consista en un esfuerzo colectivo amplio, ambicioso y sostenido.

Situar la Cultura en el Centro del Desarrollo

En la actualidad, de modo más o menos espontáneo, la voluntad que impulsa a la comunidad internacional a situar la cultura en el centro del desarrollo está creando una conciencia generalizada y comienza a traducirse en los hechos, aunque todavía con ciertas limitaciones.

En las sociedades industriales, se admite hoy en día que todo crecimiento bien comprendido debe ir acompañado por la preservación del medio ambiente y de la calidad de la vida. Se condena el derroche de energías, y se tiende a asignar mayor importancia a la calidad de las relaciones humanas y de la vida individual y comunitaria. En los países en desarrollo, se afirma cada vez más con más claridad el deseo de combinar el progreso, la justicia y la solidaridad respetando los valores culturales propios de cada pueblo.

Esta evolución es alentadora, pero queda mucho por hacer para que esta exigencia, que apenas empieza a manifestarse, se imponga a escala mundial. Todavía se desconocen en gran medida las necesidades, las aspiraciones y las experiencias reales de las poblaciones. Las más de las veces, las políticas económicas, sociales y científicas siguen aplicándose independientemente de las políticas culturales, sin que se plantee jamás la cuestión de sus interferencias ni de su posible complementariedad.

Los recursos humanos necesarios para elaborar y aplicar estrategias de desarrollo cultural son más que insuficientes. Por otra parte, se comprueba a

menudo que, al no participar en el proceso de transformación económica y social ni en el progreso científico y técnico, la población se considera excluida de ese modo de desarrollo, que tiende a hacer caso omiso de su identidad propia y de la especificidad de su cultura.

En realidad, resulta difícil concebir que los programas de desarrollo puedan elaborarse sin tener en cuenta la diversidad de las culturas y de las interacciones culturales que intervienen entre las poblaciones de distintos países o regiones del mundo. El primer objetivo que ha de alcanzar el Decenio consiste, por ende, en convencer a los responsables de las decisiones de que tomen efectivamente en consideración los factores humanos, en una nueva definición de las estrategias de acción de los poderes públicos y del sector privado en materia de desarrollo.

En términos más generales, se trata de propiciar el advenimiento de una nueva mentalidad, más atenta a los aspectos cualitativos y humanos del desarrollo, y de lograr que la opinión pública tome conciencia de la importancia de la dimensión cultural implícita en toda acción de desarrollo económico y social.

La Ciencia y la Tecnología como Factores de Desarrollo Cultural

Importa, en particular, poner término a la antigua antinomia que sigue contraponiendo la cultura y la ciencia, a partir del supuesto de que la cultura es el vector de los valores humanistas y la ciencia el de una técnica avasalladora que amenaza gravemente a las identidades culturales. En realidad, si se la considera desde el punto de vista de un desarrollo bien entendido, la complementariedad de ciencia y cultura aparece no solamente como una evidencia, sino también como un factor decisivo de enriquecimiento de la personalidad de las sociedades.

De ahí que la dimensión cultural de la innovación científica y técnica requiera un importante trabajo de educación, formación e información, cuyo objeto es poner las posibilidades de la ciencia al servicio de la población.

Por último, en términos generales, se deberá procurar que las actividades encaminadas a alcanzar este primer objetivo pongan de relieve las interacciones existentes entre la cultura y los sectores fundamentales del desarrollo, recurriendo ampliamente

te al conjunto de las capacidades, individuales y colectivas, de creatividad, innovación e invención de las sociedades.

Afirmar y Enriquecer las Identidades Culturales

La identidad cultural es ante todo la identificación espontánea de un hombre con su comunidad local, regional, nacional, lingüística, con los valores éticos, estéticos, etc., que la caracterizan; la manera en que se apropia de su historia, sus tradiciones, sus costumbres, sus modos de vida; el sentimiento de padecer, compartir o cambiar un destino común; el modo en que se proyecta en un yo colectivo que le devuelve constantemente su propia imagen, le permite construir su personalidad mediante la educación y desarrollarla mediante el trabajo al actuar sobre el mundo.

Aun cuando no se afirme necesariamente como tal o sus contornos sean más o menos definibles, la identidad cultural desempeña para cada hombre el papel de una especie de ecuación fundamental que determina de modo positivo o negativo su relación con el mundo y con el cuerpo social.

Ahora bien, en la actualidad resulta cada vez más evidente la amenaza que pesa sobre la base misma de la vida cultural de las poblaciones. La difusión a escala planetaria de modelos culturales externos a las culturas locales, el formidable eco de la publicidad y de los medios de comunicación, la uniformidad de los gustos y los modos de vida vinculada a la universalización de los modos de producción, la erosión de ciertos valores tradicionales y el difícil surgimiento de nuevos valores, explican que numerosas sociedades obedezcan a una preocupación central, a saber, preservar, defender y fomentar su identidad cultural amenazada.

No se trata, desde luego, de que las comunidades interesadas se sustraigan artificialmente a las influencias externas a fin de refugiarse atemorizadas en las realizaciones de una cultura heredada del pasado. Por el contrario, el objetivo consiste en permitir que cada pueblo domine el saber y los conocimientos técnicos del mundo moderno y en fortalecer su capacidad de innovación enriqueciendo al mismo tiempo sus intercambios con las demás culturas. En efecto, el proceso de modernización sólo tiene sentido si tiende a establecer nuevos equilibrios entre los factores de la evolución y las

exigencias de la continuidad, sobre la base del principio de que todas las culturas son igualmente dignas de respeto.

Pero, una vez sujeta a control, nada debe en efecto impedir que la apertura a las demás culturas, a los demás valores, sea un factor de afirmación y renovación de la identidad cultural.

Preservar y Vivificar el Patrimonio Cultural

Como consecuencia de la urbanización, la industrialización, la contaminación, los conflictos armados o un desarrollo no planificado del turismo masivo, los bienes culturales (obras de arte y de arquitectura), así como los lugares culturales y naturales, corren un riesgo creciente de deterioro.

La acción en favor de la preservación del patrimonio cultural de la humanidad, así como la lucha contra el tráfico ilícito de obras de arte y de arqueología, requieren en primer lugar que se tome conciencia en gran escala de los problemas que se plantean en la actualidad. Esta es la razón por la cual la formación y la información deben desempeñar un papel decisivo, en la medida en que pueden favorecer una movilización de la opinión pública. Por otra parte, deben aprovecharse, siempre que sea posible, todos los recursos de las técnicas tradicionales y de las nuevas tecnologías, no solamente para preservar, sino también vivificar este patrimonio que podría perderse irremediamente.

Las Tradiciones Culturales y el Proceso de Modernización

Naturalmente, el patrimonio cultural de los pueblos no se limita a sus expresiones artísticas tangibles o a sus obras arquitectónicas legadas por civilizaciones pasadas. El patrimonio es también la cultura vivida, por ejemplo las lenguas, los valores espirituales, éticos o estéticos, los comportamientos alimentarios, la indumentaria, etc.

Uno de los ejes prioritarios del Decenio consiste en contribuir no solamente a preservar ese patrimonio, sino también a enriquecerlo y renovarlo, para que en el proceso de modernización se logre conciliar las exigencias del cambio y las de la continuidad de la vida cultural de los pueblos.

Para ello será conveniente, en primer lugar, estimular la creatividad en todos los campos, buscar

los medios necesarios para controlar de modo creador las aportaciones externas en materia de educación, comunicación, ciencia y tecnología, fomentar el conocimiento y el respeto de todas las culturas y, por último, facilitar la comunicación intercultural.

También será necesario identificar las vías por las que pueden integrarse los valores culturales en el desarrollo de los pueblos. Por ejemplo, se podría examinar detalladamente el papel que en la transmisión de los valores desempeñan la familia, los sistemas de educación, los medios de información, la acción cultural y, en términos más generales, las estructuras de organización de la vida pública. Asimismo, valdría la pena reconsiderar desde este punto de vista la formación de los educadores, de los responsables económicos, sociales y administrativos.

Suscitar el Interés Colectivo por la Vida Cultural

La participación en la vida cultural es la traducción, en el plano de los valores, de la participación de todos en la vida pública y en el desarrollo de las sociedades. Por esta razón, sin el ejercicio real de los derechos culturales, no puede haber una auténtica democracia cultural y ni siquiera, tal vez, una verdadera democracia política.

El acceso a los bienes y servicios culturales y la participación en la vida cultural son aspectos complementarios de una misma realidad, que pueden fortalecerse mutuamente. Sin embargo, aunque la evolución de los modos de vida y el progreso tecnológico han ampliado en cierta medida el acceso a las obras de arte y a los valores de la cultura, queda aún mucho por hacer para que sea efectiva la participación del mayor número posible de personas en la vida cultural.

Por ejemplo, en el campo educativo, la extensión de la participación en la vida cultural requiere prioritariamente fortalecer la lucha contra el analfabetismo y, en general, promover la democratización de la educación.

Asimismo, en materia de comunicación, se debería otorgar especial atención a las actividades descentralizadas que podrían favorecer el diálogo interpersonal e intercomunitario, así como a las innovaciones que contribuyen a diversificar las redes de comunicación. En términos generales, se debe-

rían alentar las iniciativas emprendidas en el plano legislativo, económico o financiero para promover una verdadera democratización de la acción cultural. Por último, sería preciso elaborar métodos y programas de formación de agentes polivalentes, con objeto de facilitar las interacciones de la educación, la comunicación, la acción cultural y el desarrollo comunitario.

Proliferación de las Formas de Expresión Artística

En la actualidad, la producción artística reviste múltiples formas. Paralelamente a las expresiones clásicas (pintura, escultura, literatura, música, teatro, danza), que por otra parte pueden adoptar aspectos muy nuevos, las "formas de artes de masas" han conocido un extraordinario auge en los últimos decenios: el cine, la fotografía, las historietas ilustradas, la televisión, la canción, las grabaciones musicales, etc. Ultimamente han aparecido las "artes tecnológicas" como el video, el láser, la creación musical o visual con auxilio de la informática, etc.

Pero la difusión en gran escala de los productos de estas industrias o tecnologías culturales no debería constituir un obstáculo para el florecimiento de la creación llamada "popular", que sigue desarrollándose independientemente de toda referencia a las artes tradicionales o de masas. Esta creatividad puede expresarse de modo individual o colectivo en el campo específicamente cultural o en el ámbito más amplio de la educación, los medios de comunicación, el medio ambiente, el contexto de vida y de trabajo.

Si bien es cierto que por definición la cultura es multiforme, contradictoria, prolífica, ningún obstáculo debería impedir que estas diferentes formas de expresión artística hallen cada cual un terreno favorable a su desarrollo. Por otra parte, tienden a converger la voluntad cada vez más firme de los artistas de ejercer con su mensaje una influencia sobre el presente y la reivindicación de gran parte de la opinión pública de numerosos países de una vida "vívica culturalmente". Para unos y otros se trata de reducir la separación entre el arte y la vida.

Parece además importante reconsiderar los problemas de la creación frente a los desafíos de fines del siglo XX. Podrían organizarse reuniones en distintos niveles con miras a profundizar en la refle-

xión sobre el lugar de los artistas y creadores en la sociedad y sobre su participación en el Decenio. Estos encuentros permitirán, en particular, preparar la celebración de un "Año Internacional de las Artes" que podría proclamarse en el marco del Decenio a fin de sensibilizar a la opinión pública respecto de la importancia del arte y dar a conocer las diferentes formas de creación a todos los pueblos del mundo.

Orientar el Diálogo Intercultural hacia la Búsqueda de Nuevas Formas de Solidaridad

La cultura es, desde siempre, el instrumento fundamental de la comunicación entre los pueblos, en la medida en que puede contribuir notablemente a fortalecer la comprensión internacional, y al propio tiempo reconoce la especificidad de las formas de expresión y de los valores culturales propios de cada sociedad.

Por esta razón, la cooperación cultural en sus distintas formas puede convertirse en un factor de crucial importancia para combatir la ignorancia, la intolerancia y los prejuicios -en especial raciales- que subsisten en el mundo, engendran desconfianza y agresividad, provocan tensiones o guerras y entorpecen las iniciativas en favor del desarme y de la paz.

Hasta recientemente la cooperación internacional, que se ha limitado principalmente a los campos económico, científico y técnico, tenía por objeto atenuar los desequilibrios entre las regiones del mundo, en especial entre el "Norte" y el "Sur". La extensión del papel de la cultura en este sentido podría contribuir a restablecer un equilibrio, en la medida en que se tuvieran en cuenta las interrela-

ciones de la cultura y el desarrollo y las interdependencias de toda índole que vinculan actualmente a todos los países del mundo.

Desde esa perspectiva cabría emprender un extenso programa de actividades en el marco del Decenio. Entre otras iniciativas, tal vez sería posible estimular los intercambios interculturales fundados en el conocimiento y el reconocimiento mutuos de la diversidad de las culturas, proseguir la revisión de obras y manuales de historia para garantizar una mejor difusión y apreciación de todas las culturas, en especial las menos conocidas, elaborar instrumentos pedagógicos apropiados para ayudar a los niños y a los jóvenes a comprender la significación de las diferentes culturas, así como de los modos de vida que reflejan.

La búsqueda de nuevas formas de solidaridad internacional podría materializarse en la realización de proyectos comunes por parte de países, grupo de países, regiones, culturas o sistemas políticos y económicos diferentes. Podrían emprenderse iniciativas conjuntas, por ejemplo en materia de formación de personal cultural de distintas categorías, de industrias culturales, de importantes manifestaciones culturales y artísticas. Otro tipo de acción consistiría en modificar los acuerdos de cooperación, sobre todo económica y técnica, con el fin de introducir una dimensión cultural en todos los ámbitos considerados. También podría adoptarse este enfoque en la preparación o evaluación de los decenios en curso o previstos, en el marco del sistema de las Naciones Unidas, y en la elaboración de los futuros programas de sus organismos especializados, en cooperación con la Unesco, cada vez que la contribución de la Organización resultara necesaria.